

PLAZA PUBLICA

- El imperio subterráneo
- Política y narcóticos

■ Miguel Angel Granados Chapa

■ A principios de agosto, en Cali, Colombia, individuos armados compraron todos los ejemplares de *El tiempo y el Espectador*, donde se reproducía un texto de James Mills, sobre el tráfico de cocaína de Colombia a Estados Unidos, en que se citaban nombres de los jefes de tal negocio en ese país sudamericano.

El libro de Mills donde aparece tal información (*The underground empire: where crime and governments embrace*, Doubleday, 1986) es el mismo al que empezamos a referirnos ayer aquí. Una de sus porciones describe la actividad de Alberto Sicilia Falcón, preso en una cárcel mexicana, creador de un vasto consorcio dedicado al comercio de estupefacientes, y que había puesto a su servicio lo mismo a agentes policíacos mexicanos que a muchos encargados de la aduana norteamericana, los suficientes para que por Tijuana entraran a Estados Unidos caravanas de trailers con 46 kilogramos de cocaína cada uno, pagados a razón de 5 mil dólares a cada aduanero que se hiciera de la vista gorda.

Mills escribió su libro con base en información provista por informantes del gobierno norteamericano. Uno de ellos, Michael Decker, contratado como asesino profesional, luego ayudante de Sicilia y después confidente en contra suya, habla del poderío del cubano —preso en México— en este último país, en los años setentas. Según su testimonio, en una incursión contra una mafia rival en Guadalajara, 21 personas fueron asesinadas, cuatro automóviles estallaron y una bodega con marihuana fue incendiada. Nadie habló del asunto, porque la protección a Sicilia se alzaba a círculos muy altos.

Mills concluye que a Sicilia no le gustaba que ninguno de sus socios apareciera como más poderoso que él, de suerte que se afanaba en superarlos. Una vez, durante una suntuosa celebración en el Fiesta Palace, a la que según Mills asistió el presidente Echeverría, Carlos Kiriakides, hijo de un inmigrante griego radicado en Tijuana y socio de Sicilia, se acercó a un miembro del gobierno, al que no identifica, y que tenía unos 35 años, para entregarle las llaves de un *Ferrari* último modelo, que entonces costaba unos 55 mil dólares. Aclaró que esa era una muestra de gratitud por lo que su país había hecho en beneficio del negocio a que Kiriakides se dedicaba. Al oír la explicación, Sicilia se manifestó de acuerdo con su amigo. Decker, que contó eso a Mills, narra que enseguida, para sobrepajar a Kiriakides, Sicilia zafó de su mano el anillo de diamante amarillo que solía llevar y lo regaló al mismo funcionario. La joya, calcula Decker, valía cientos de miles de dólares.

Naturalmente, no sólo funcionarios mexicanos estaban en combinación con Sicilia. Decker relata a Mills que cuando se encontró por primera vez en la casa del cubano preso en México, fue dejado delante suyo un expediente oficial referido al propio Decker, para mostrarle cuánto sabían de él los dueños del negocio que querían emplearlo y de dónde —sólo oficinas del gobierno de Estados Unidos— podían obtener tal información.

No sólo eso. Sicilia aceptó haber trabajado junto con la CIA para el establecimiento de una red dedicada a canjear marihuana y cocaína por armas, que serían entregadas a grupos guerrilleros en Centroamérica y México para incrementar sus acciones. La lógica de la operación consistía en que los gobiernos respectivos, asediados por las guerrillas, se alinearían más fácilmente a la política norteamericana.

Decker contó a Mills haber visto, en Acapulco, cómo un comando guerrillero pareció haber tomado la casa en que vivía Sicilia, hasta que el jefe del grupo se abrazó cordialmente con el narcotraficante y se retiraron para hablar en privado.

El libro de Mills dará mucho de qué hablar. Creimos nuestro deber empezar a ventilar aquí parte de su contenido, tal como aparece en la revista norteamericana *Rolling Stone*.